

LA IMPORTANCIA DE LOS VALORES PARTICULARES EN EL ARTE

POR: JORGE GONZÁLEZ CAMARENA

La historia de las artes plásticas es en gran medida la historia de sus estilos, y éstos son como la imagen de los pueblos que los crearon, y que nos permite diferenciar las distintas "escuelas" –llamémoslas así– a zonas de arte. Un estilo dado se identifica por una serie de factores, formas y maneras constantes que determinan un carácter propio, que corresponde al sentir y expresión de un cuerpo étnico de características específicas derivadas de su raza, cultura, organización social, filosófica o religiosa, de su idiosincrasia. Y las diversas ramas raciales y culturales de la humanidad al transcurso de las edades, constituyen el rico mosaico humano que han legado la espléndida y diferenciada floración artística, patrimonio permanente de la humanidad.

Es desde luego obvio lo anteriormente asentado, como fácil es, para quien este medianamente adiestrado en gustar de las artes plásticas, distinguir si una obra es de el período rupestre, del África tribal, o asirio-caldea, egipcia, china, hindú, incaica o mesoamericana, etcétera, entre tantas otras de las antiguas culturas, con tan diferentes y particulares características propias como los mismos pueblos de donde procedieron.

Ahondando en el tema de las viejas civilizaciones y, como si desde muy alto fuéramos acercando nuestro punto de observación para percibir los detalles, encontraríamos diferenciado al arte mesoamericano en ramas como la olmeca, maya, zapoteca, teotihuacana, azteca y otras más. Un acercamiento mayor nos daría, por ejemplo, una subdivisión en el arte de Teotihuacán, de por lo menos cuatro épocas reconocibles. Sin embargo, la plástica de Mesoamérica, en su conjunto, se encuentra hermanada por una serie de constantes que la identifican como tal unidad mesoamericana. Igual ocurre en el arte de todas las antiguas culturas del mundo.

Evidentemente existen claras entre el arte rupestre, el egipcio, el chino o el de la Isla de Pascua, así como el mesoamericano, el de la India, etcétera, etcétera. Creo que es elemental aceptar que tales diferenciaciones que constituyen otras tantas "escuelas" revisten gran importancia en muchos aspectos. Desde el punto de vista del arte, en cada escuela nacional o local se alcanza mayor sentido universal. Tal es el caso, en la literatura, de *La Iliada*, *La Divina Comedia*, o el *Quijote*, que de tan profundamente griego, florentino o español, alcanzan estas obras sentido universal.

Cabe señalar aquí que la extrema diferenciación que existe entre uno y otro arte de las antiguas culturas es explicable de sobra, por el aislamiento, relativo en ocasiones y total en otras, en el que se desarrollaron los pueblos que fueron sus creadores. Grandes distancias las separaron, algunas de ellas en el tiempo, en la geografía otras, y en lo primario de los medios de comunicación, todas.

Debe reconocerse, desde luego, que estos factores de aislamiento contribuyeron a determinar la diversificación y características de las antiguas comunidades y, naturalmente

sus manifestaciones en el arte. Estas circunstancias no se dan ya en nuestro tiempo de comunicaciones internacionales al momento y sus consecuencias,

Me parece conveniente recordar, por otro lado, un aspecto que pertenece a los estudios etnológicos: el que define la existencia del arte en las antiguas y primarias culturas como carácter colectivo; es decir, se da un estilo generalizado, de grupo, en el que no se perciben obras diferenciadas de carácter individual. Arte colectivo que es más de advertirse mientras más primitiva sea una cultura. Pero aún cuando algunas hayan alcanzado una evolución general y artística muy importante, como en el antiguo Egipto, en el que se puede reconocer, con la mayor admiración que se merece, se secuencia evolutiva, pero no cabe distinguir a sus artistas diferenciados dentro de la singularidad en conjunto de la "escuela".

Sin embargo, ya sabemos que el arte no nació como generación espontánea, como la flora, en las generosas tierras de tantos lugares en los que por el genio del hombre germinaron tantas y estupendas obras de gran arte, en todos los órdenes, en todas las latitudes; en todos los tiempos: desde los cuaternarios en la pintura de las cavernas. Pero ¿quiénes fueron sus creadores? ¿Quiénes fueron los creadores de los "estilos" propios de cada comunidad cultural? Los que al intuir por medio de la forma, línea y color dieron vida a la obra de arte, y fueron creando en el transcurso del tiempo el carácter y expresión de belleza, latente en cada colectividad, concordando con su manera de ser, de crear, de gustar: y que con su genio al diseñar o materializar el sentir estético común, influyeron en la manera y estilos de sus comunidades o antiguas naciones. La historia no ha recogido estas interrogantes. Acaso nos dejará jamás sin la respuesta. ¿Qué concibió la Coatlicue? Las grandes piedras escultóricas mesoamericanas fueron labradas y talladas al desgaste y pulimentación de piedra contra piedra. Pero, desde la primera cabeza gigantesca de La Venta, del período olmeca, hasta la Coatlicue que le tocó presenciar el sangriento episodio de la Conquista, tuvieron que ser esculpidas de acuerdo al modelo o diseño de "alguien"; no puede ser de otra manera. Un maestro de genio fue necesariamente el creador, en la forma y condensación filosófica-simbólica de la citada gran escultura azteca (sabemos que fueron 4 iguales situadas en el Templo Mayor de Tenochtitlan). Pero quien haya creado el modelo o diseño de la Coatlicue, no fue el creador del "estilo" propiamente de la obra, pues este ya estaba dado, creado al paso del tiempo por la colectividad artística que la precede.

Es en la Grecia clásica cuando ya la Historia nos da cabal información de sus artistas; y cuando éstos comienzan a diferenciarse dentro del común arte correspondiente, y llegan hasta nosotros nombres de fama como el del gran pintor Apeles (sólo el nombre más no, desgraciadamente, sus obras), y el de estupendos escultores como Fidias y otros. Pero Grecia ocupa un lugar cimero de todo orden en la cultura universal de los pasados tiempos, y aun cuando no sea ya "el modelo y aspiración máxima de Belleza", como lo afirmaban los académicos de finales del siglo pasado, sin declinar en lo imitativo, son de una vigencia importantísima sus aportaciones estéticas.

Hasta aquí he recordado el arte de la antigüedad en sus manifestaciones plásticas diferenciadas en sensibilidad, contenido y estilos concordantes a sus propios pueblos. Aún podríamos mencionar el arte del Imperio romano hasta en sus manifestaciones subsidiarias; ¿quién no podría reconocer un fresco pompeyano como tal?

Posteriormente, en el largo período de la Edad Media en Europa, profundos cambios religiosos y socioeconómicos que constituyen un tajante cambio de todo orden, tienen su exacta correlación en la creación artística.

Al extinguirse la cultura pagana, la humanidad de la vieja Europa da un viraje, en muy opuesta dirección; ahora de acendrado ascetismo, de caballerías cristianizadoras que se dirigen al Islam (con cierto fondo de imperialismo comercial). Al romper con todo lo anterior se pierden importantes ejercicios del orden técnico-artístico, pero se inicia la apertura de un nuevo sentido estético en el que, desapareciendo el desnudo, los cuerpos se cubren, las figuras se adelgazan y alargan de espiritualidad con nuevo primitivismo; es como si se volviera a comenzar: un nuevo arte producto de una nueva sociedad dogmatizada de espiritualidad. Pero la pérdida de ciertos factores técnicos en la

factura plástica no impide la creación de extraordinarias obras de verdadera calidad artística en pintura, escultura y mosaico; y con recobrada maestría técnica, especialmente en la alta Edad Media, la vida y conciencia de la época dotan al arte de inconfundibles valores particulares con nuevos aportes de expresión nunca antes manifestados y que constituyen uno de los legados de mayor rango que guarda la humanidad.

El particularismo, de colectivo o regional, se va polarizando cada vez más hacia un particularismo individual. Al romperse el estrecho ascetismo medieval anterior y dar paso al humanismo del Renacimiento en el que se van abriendo cauces en todas direcciones al pensamiento y la investigación, revalorizando enseñanzas del pasado pagana anatematizadas por el medioevo, las artes plásticas: pintura, escultura y arquitectura, juegan una importante participación con trascendentes innovaciones que habrán de influir por siglos en el devenir artístico de gran parte del Mundo. Y es en el Renacimiento cuando, con mayor claridad, se definen los particularismos propios de cada artista, inmersos dentro del propio ámbito estilístico renacentista; es decir, nunca como entonces se manifestó con mayor singularidad la personalidad, propia e individual, que habrá de ser desde entonces y quizá para siempre, determinadamente importantes en la creación artística. Leonardo, Miguel Ángel y Rafael son incuestionablemente renacentistas en sus obras plásticas, pero son asimismo suficientemente diferenciados entre sí por su propia particularidad, por la personalidad propia de cada uno de estos grandes maestros, para permitirnos de una sola ojeada advertir a quién de ellos pertenece una obra dada. Así mismo tampoco podríamos dudar de que la obra pertenece a la "escuela" del Renacimiento. Es el acento personal estableciendo el carácter de "escuela". Es asimismo la dualidad particularismo de escuela y particularismo individual.

El Greco nos ayuda a ilustrar este aspecto: tan inconfundiblemente perteneciente a la pintura española del Siglo de Oro; tan inconfundiblemente Greco. Y ya que se mencionó la pintura de España de la época, nadie puede dudar entre una obra italiana o española de la época a qué escuela pertenece, precisamente por las peculiaridades propias de las dos escuelas, influidas por las características diferenciadas de la Península Itálica y España; ésta, expresando el agudo realismo místico, sombrío y dramático con exaltado delirio del espíritu, porque así era la España de Carlos V, en contraste con la Italia de los Borgia, los Médicis y el papa Alejandro, de elegancia culta y mundana. Eran como el cielo y la tierra en la pintura del siglo XVI.

Quisiera ahora formular algunas consideraciones dentro del tema que tratamos, de las manifestaciones artísticas modernas en contraste con las de tiempos anteriores. Habíamos señalado que el aislamiento absoluto o relativo de aquellos pueblos que uno de los agentes que determinó la marcada diversificación de los estilos. Actualmente las comunicaciones internacionales nos permiten enterarnos y ver cuanto está ocurriendo en todo el mundo. La prensa diaria y los libros, el transporte aéreo, personal y comercial, cine, radio y televisión han establecido el contacto inmediato e instantáneo entre todos los continentes, que se filtra hasta en las más humildes colectividades. En nuestro país, aún en pequeños poblados vernos que sobre el techado de teja, lámina de cartón o tejamanil, flota la antena de la "tele", como se le llama popularmente, que lleva al interior de la humilde vivienda, entre otras, las diversificadas imágenes internacionales. Esto, natural y afortunadamente en casos y desafortunadamente en otros, ha multiplicado el intercambio de información y propiciado influencias, muy particularmente —como en algunas ocasión lo señaló el arquitecto Enrique del Moral— de países que por su poder económico, cultural y político, son rectores impositivos de modas, costumbres o ideas que calan hasta cierto nivel. Pero aún así, ¿qué ha ocurrido o está ocurriendo? ¿Se ha homogeneizado o se encuentra en tal proceso la cultura universal? En ciertos aspectos sí, pero en otros, de fondo, no podría ser de esta manera por el sólo hecho de la información; y los individuos de la India y su trasfondo cultural, de Francia, EUA, Japón, Finlandia o México continuarán siendo, en lo íntimo de su ser, tan diferenciados como lo son físicamente y ni la información ni los sistemas sociales igualarán a los individuos. me refiero en el sentido anímico, del mismo modo que no igualarán las rasgos faciales, y continuarán siendo en el fondo particularmente diferentes aun cuando usen el avión supersónico, la misma ropa, las afortunadas y llenas de gracia minifaldas, el uso de la penicilina o el trasplante de corazones. Nada de eso iguala a los seres del planeta; tampoco el servirnos de la energía nuclear o la práctica de los secuestros personales y de

aeronaves, ni jugar al golf o asaltar bancos, ni que las muchachas usen peluca o dispongamos de tarjetas de crédito; ni siquiera el que en este momento cruce corriendo por esta académica sala un encuerado "streaker". Naturalmente que el intercambio de comunicación aporta elementos importantísimos para el desarrollo de los pueblos del orden utilitarios ya sea científico, tecnológico o intelectual, o por otro lado, ejerce influencias estimulando el humano espíritu de imitación, seguramente heredado de nuestros muy antiguos orígenes (según Darwin). Un monje bonazo, con el impresionante estoicismo de su raza y filosofía, baña su cuerpo de combustible y se prende fuego, ardiendo hasta desintegrarse carbonizado; la técnica audiovisual permitió ver la tremenda escena en todas partes y pronto es imitada la impresionante forma suicida por desesperados de distintos rumbos.

Pero no debemos confundir las aportaciones de la ciencia y la técnica, esas sí de valor y utilidad universal por igual, pues los mismos datos suministrados por una computadora sirven a un investigador sueco o japonés: o la estreptomycin cura igual el organismo de un congolés que el de un suizo. Pero la ciencia es el antónimo del arte; su contrario. En la ciencia no puede haber variantes de una verdad comprobada. Y en el arte, en su autenticidad, no pueden dar obras iguales, y las variantes son la regla. Actualmente no siempre es posible hablar propiamente de "escuelas" regionales o nacionales, por el intercambio mundial operante de ideas, y tendencias dadas por los llamados "ismos" generados por la gran revolución plástica del siglo actual. Por sí, del carácter particular de zona que eventualmente adquieren estas tendencias cuando se desarrollan en ámbitos de marcado carácter o acento particular, carácter de zona vitalizado, a su vez, por la particularidad, o sea la personalidad del artista.

Considero que México, por la herencia de sus antiguas artes prehispánicas, cuyas características constantes aún siguen latentes, puras o mestizadas en las artes del pueblo y en no pocos aspectos del espíritu nacional, tiñen de color local y dan carácter específico a cierta parte de las artes que se ejercen en nuestro país. Así, el realismo –que no debemos confundir con el naturalismo– de la pintura de México es, en sus buenos ejemplos el llamado "realismo mexicano", que ha constituido escuela, muy diferenciado del realismo de otras latitudes. Igual ocurre con algunos ejemplos del arte no figurativo o abstracto de nuestra plástica, de muy propia singularidad. Cabe aquí recordar lo expresado por un pensador alemán, Wolfflin: *"En lo íntimo de cada pueblo hay una manera especial de sentir la forma, la cual se manifiesta invariablemente a través de los siglos"*. Esto concuerda con la contestación que hizo Alfonso Reyes a un periodista que le hizo la siguiente pregunta: –¿Dónde localiza usted la raíz toda su obra? – a lo que respondió A.R.:

"–La raíz profunda, inconsciente e involuntaria, está en mi ser mexicano: es un hecho y no una virtud. Sin esfuerzo mío y sin mérito propio, ello se revela en todos mis libros y empapa como humedad vegetativa todos mis pensamientos. Ello se cuida solo".

Los valores particulares en el arte contemporáneo están dados en la personalidad de los artistas que hace inconfundible su obra; y tal personalidad a su vez, no puede ser de otra manera, saturada por la particularidad de cada ambiente local.

Y la personalidad es en extremo importante. Thomas Mann, en su novela-ensayo *La montaña mágica*, hace el elogio de la personalidad, en la figura de aquél corpulento holandés, hombre de edad, que sin ser especialmente inteligente ni tener cultura, y casi desconociendo la lengua en que se expresan los personajes de la obra, hace amistad común con un italiano y un jesuita muy inteligentes y de enorme desarrollo intelectual: pero cuando el holandés interviene en las constantes controversias de sus dos amigos y compañeros en el sanatorio de la montaña, éstos enmudecen con hipnótica fascinación ante la disparatada perorata del personaje que en el fondo no está diciendo nada. Thomas Mann lleva el dominio de la desarrollada personalidad al extremo de situar a estos personajes al pie de un torrente cuyo estruendo no permite escuchar la voz, pero el viejo y corpulento holandés, exaltado por la magnificencia del lugar, se lanza en grandilo-

cuenta arenga que, a pesar de ser vacía e inaudible, deja lelo a su auditorio. Inclusive le vuela la novia al joven y apuesto héroe central de la novela. Naturalmente no se desprende de tal argumentación que Thomas Mann discierna que la personalidad posea un rango superior a la inteligencia cultivada; solamente destaca la importancia implícita que ésta tiene en el complejo humano.

El anterior ejemplo se refiere, desde luego, a la personalidad individual, físico-mental, podríamos decir, que se manifiesta en el hombre en sí mismo; pero estamos consignando a esta como la personalidad transferida a la obra artística. Personalidad que dota a la obra de una carga potente de ese individualismo particular, propio.

Para concluir: considerando que lo que llamamos obra de arte es un complicado compuesto de elementos diversos y misteriosos en la que todo y nada cuenta; línea, forma, tono, color, textura, técnica, geometría, ritmo, armonía y composición para estructurar el contenido; y la obra plástica contiene o puede contener lo que es más complejo aún: el sentir y expresión individual, de acento personal ya sea de afluencias ocultas o racionales de la conciencia, de criterio, gusto, inteligencia o convicciones; es decir, ese magnetismo misterioso o llano que es el ser humano quien se manifiesta por medio de las prácticas del arte en cualquier orden. Y el hombre, parecido a otro hombre pero nunca igual, como las huellas digitales, producto genético de su raza, de la raza de sus progenitores, producto de su región, su cultura, su tiempo, si logra manifestarse con original autenticidad, a mayor y más honda particularidad, obtendrá en su obra mayor sentido universal.

POR: JORGE GONZÁLEZ CAMARENA

11 de Julio de 1974